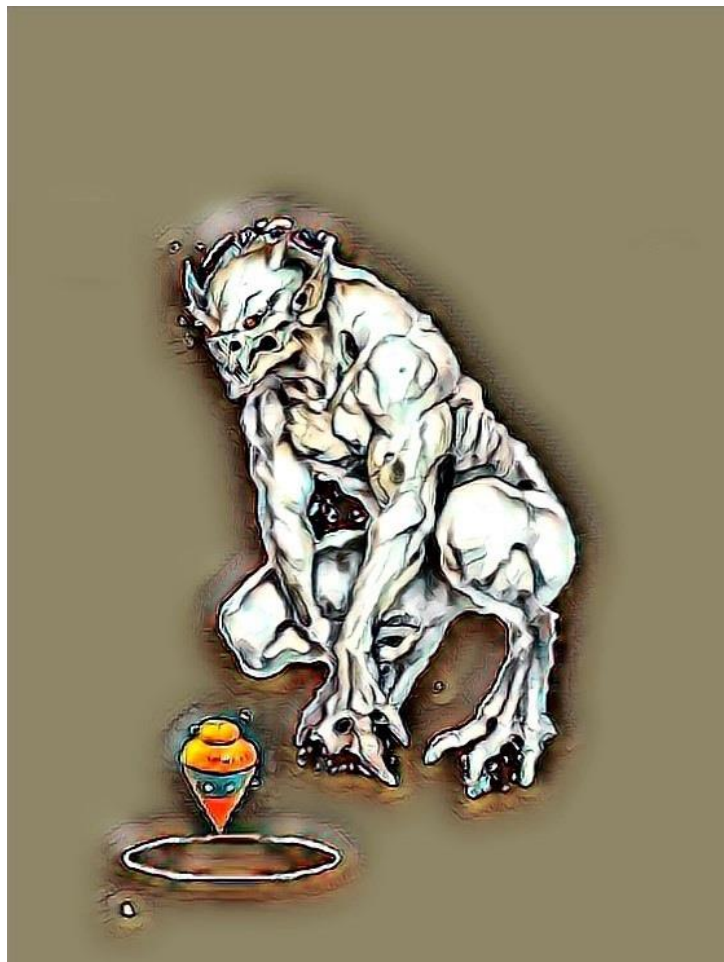


SUEÑO 2

EL DIABLO JUEGA CON UN TROMPO

7 AÑOS DE EDAD



Desde temprana edad padecí insomnio, ya a los siete años despertaba en horas de la madrugada y me costaba volver a dormir. Era terrible porque mientras yo estaba despierto todos dormían por lo que sentía gran soledad y miedo. Miedo a la oscuridad y a todo aquello que me contaron habitaban en ella: la Llorona, la Mano Peluda, los Fantasma, el Diablo... Durante los primeros años de infancia creía que la noche la formaban unas nubes negras misteriosas que veía aparecer cuando el sol se ocultaba detrás de las montañas.

A veces para poder soportar el miedo me iba al cuarto de mis padres y cuando amanecía volvía a mi cama, pero un día mamá me descubrió y me regañó duramente. Como mis hermanos y yo dormíamos en la misma habitación, después del destierro que me hiciera mi madre, comencé a visitar por turnos la cama de alguno de mis hermanos, pero finalmente era sorprendido y rechazado por lo que tenía que regresar a mi cama envolviéndome nuevamente esa soledad angustiosa.

Una noche desperté sobresaltado con un ardor en una de mis mejillas, corrí al baño y al ver mi rostro en el espejo vi una mano tenuemente marcada en mi cachete enrojecido, supuse que el Diablo me había dado una cachetada. Corrí a mi cama y me acurruqué rezando y pensé cuál podría ser la causa para que me sucediera esto a mí, me sentía desdichado. Al día siguiente se repitió la escena y lloré adolorido sin consuelo. En la tercera noche la cosa cambió, tuve este sueño:

"Un grupo de niños jugábamos a "picotear los trompos", un niño lanzaba su trompo a un pequeño círculo de tiza dibujado en el piso para que bailara en su interior. Otro niño debía lanzar el suyo para desplazar al primer trompo retador y quedar bailando dentro del círculo. Era un juego que requería concentración y destreza. De repente se presentó el diablo con trompo en mano y con gesto travieso arrojó el juguete, luego comenzó a saltar como un saltamontes. Gritaban los niños asustados corriendo para todos lados. Yo me quede paralizado esperando el bofetón, pero una voz me ordenó que abriera los ojos."

Así lo hice, abrí mis ojos despertando y vi que mi mano derecha me daba una fuerte cachetada. Comencé a reír sin parar por un buen rato aquella noche, al darme cuenta que era yo mismo quien me daba las bofetadas. A partir de ese momento algo cambio en mí y la noche con su oscuridad entonces me resultaban atractivas. Perdí el miedo a la penumbra y espantos; utilizaba mis noches para explorar la casa de mi infancia y observar en la oscuridad de la noche. Pase algunas horas de mi insomnio reflexionando sobre el Diablo católico Lucifer y su historia de ángel caído. Era capaz de comprender su eterno padecer desde la pureza de mi ser infantil, porque yo también tenía un sufrimiento abismal por la incompreensión de mi familia. Sentí con empatía una infinita compasión por él.

Cierta vez mientras dormía abrí los ojos porque sentía que me observaban. Había en la ventana una silueta negra en cuclillas viéndome, me recordó al diablo del sueño. Salto para recorrer toda la habitación en segundos. En sus ojos había llamas de luz que chispeaban. Durante su vuelo sentí un silencio misterioso. Pensé que era él, Lucifer.

Los desvelos nocturnos me servían para ver por la ventana que quedaba cerca de mi cama y logre captar cierta vez unos seres de luz danzantes que salían del farol que quedaba en la esquina de una casa (de una planta) frente a la mía; bailaban en el techo de tejas de esa casa haciendo rondas muy alegres. No parecían malignos, eran seres luminosos en forma de llama de vela con piernitas y bracitos, invitándome a jugar. Sentía que eran niños como yo.

Mi abuelita materna nos visitaba por temporadas. Se sentada en el porche por las tardes y miraba esta casa comentando cierta vez, que le hubiera gustado vivir en ella, quizás porque le recordaba las casas de España. Entre los vecinos circulaba el rumor de que esa casa pertenecía a una bruja llanera.

Yo adoraba a mi abuela, era la persona más dulce que conociera. Le encantaba jugar con nosotros juegos de mesa y siempre le pedía me contara esos pasajes de la biblia que leía o la vida de Jesús de Nazaret.

Abuelita se preocupaba por mi forma de ser, porque siempre estaba con mis hermanos jugando con juguetes masculinos, dejando a un lado la

muñeca barbie y su colección de vestidos y accesorios. A veces nos poníamos a jugar lucha libre, y cierta vez, con una zancadilla de mi hermano mayor, termine con la cara en el piso fragmentándose por la mitad uno de mis dientes.

Tenía conductas extrañas, lo sé. Me iba al baño de arriba cuando todos estaban abajo y me vestía con ropa de mis hermanos y ponía un pequeño bulto en mis genitales. Pasaba largos ratos viéndome travestido en el espejo. Mi imagen masculina me hablaba calmándome, dándome valor para seguir adelante. También pasaba tiempo en el cuarto de los corotos buscando soledad o curioseando en el baúl de mamá donde tenía sus tesoros de vida de soltera. Sus trajes de baile, las zapatillas de ballet, fotos de familia y amigos. También había un montón de libros y discos.

Cuando comencé ir al colegio ya tenía el conocimiento de leer y escribir. El instituto quedaba en la misma parroquia donde vivíamos. Era una casa de dos pisos, adaptada de manera que la directora tenía una sección de la construcción donde vivía. La entrada a esta área estaba restringida por una puerta de vidrio que permanecía cerrada para los estudiantes.

La forma de educación estaba diseñada de manera tradicional. Todos asistíamos uniformados con una distinción bien marcada de género. Las chicas con jumpers de falda plegada color azul marino combinada con una camisa manga corta blanca. Los varones con camisa de charreteras y pantalón, ambos de color caqui. Los zapatos debían ser negros. Yo estuve obligado a usar el jumper durante toda mi formación primaria, pero siempre me colocaba un short debajo para tener libertad de movimientos durante el recreo. Yo sentía que la directora era una persona extraña, quizás triste. Tenía una pierna más corta que la otra y cojeaba al caminar. Era severa en su forma de impartir la educación, a veces nos ponía a todos los cursos, incluso a los más pequeños, a marchar toda la mañana sin movernos de nuestro sitio. Ella tomaba una batuta y dirigía al batallón como una directora de orquesta diciendo: izquierda, izquierda, izquierda derecha izquierda.

Otra forma de imponer disciplina era pegándonos en la mano con una regla enorme, que tenía uno de sus bordes de metal. Una vez lleve unos reglazos injustamente por una niña que estaba hablando en clases. Esta niña tenía un trato privilegiado por ser de familia adinerada por lo que a ella ni la

tocaron; no sé qué le pasaba a la directora ese día, pero escogió darme con el filo de metal. Sentí una furia contenida al recibir un castigo que no merecía. Lloré aliviando el ardor en mi mano enrojecida diciéndome a mí mismo que esto no se iba a quedar así. Cuando llegué a casa subí al baño y me hice unas tres cortadas leves en la mano con una hojilla de afeitador de papá. Luego le mostré mi mano lastimada a mamá diciéndole lo que me había hecho la directora. Mamá estalló en un gran disgusto y como mujer de carácter fuerte que era fuimos inmediatamente al colegio. Mostrándole mi mano a la directora, mamá habló por largo rato sin dejar que la directora pronunciara palabra. A partir de ese momento nunca más se castigó a nadie en el colegio con una regla.

El colegio era privado. Tenían un autobús que nos llevaba en la mañana y nos regresaba a casa por la tarde. Veíamos clases doble turno haciendo una pausa para el almuerzo en la propia escuela.

Mamá era la maestra de baile en mi colegio y montaba todos los actos festivos y culturales que llevaran música y baile. De esta forma fue ella la que con su trabajo pagó nuestra educación llegando a este acuerdo con la directora. Mamá era entonces una persona influyente y tenía una buena relación con ella.

Siendo joven mi madre se formó como bailarina, esa era su pasión. Hacía ballet clásico, danza libre y baile español (tradicional). Siempre estuvo vinculada al teatro, el cine y la televisión formando parte del grupo de baile de programas, óperas y películas, en la década de los años 50. Pero todo acabó cuando quedó embarazada y se unió a mi padre. Ella tomó la decisión de dejar esa vida artística atrás y formarse como profesora de baile en los colegios. También la buscaban para que diseñara el baile de las "quinceañeras", costumbre típica de la época en el que se celebraba con una gran fiesta a la chica que cumpliera los 15 años.

Yo tenía sentimientos encontrados hacia mi madre. Su personalidad y belleza física me atraían. Era mi maestra de baile y me enseñó a escuchar todo tipo de música. Era una amante de la cultura de los pueblos y defensora de los derechos humanos. A veces me contaba su vida de soltera a través de las fotos que guardaba en el baúl. Ella tuvo un compañero de baile español que en su vida privada llevaba vida de mujer. Siempre insistía

en sus relatos que el bailarín la quería mucho porque ella respetaba su forma de ser. Así entonces era mi mundo con una doble vida ya que mamá me permitía ser un "varón" más dentro de casa, pero otra cosa era de la puerta hacia afuera donde yo rigurosamente debía cumplir mi rol femenino. Por eso a mamá yo la amaba y la odiaba a la vez.

Mi padre nunca me obligó a nada. Lo recuerdo cariñoso conmigo y con mis hermanos. Pasaba todo el día en el trabajo y en la noche nos ayudaba con los deberes escolares. Era el encargado de despertarnos en la mañana para ir al colegio, lo hacía dándonos unas palmaditas suaves y amorosas. Los fines de semana se dedicaba hacer el mercado, a ver sus juegos de beisbol, boxeo o carreras de caballo. Pero nunca se motivó a ir a las reuniones de representantes o actos de fin de curso del colegio. Legó a mamá toda esa responsabilidad. Cuando le pedíamos permiso para algo siempre respondía: pregúntaselo a tu mamá.

Otra persona que formó parte importante en mi etapa infantil fue mi madrina, quien era una de las hermanas de mamá con quien más se sentía unida. Ella me expresaba mucho afecto y me invitaba a pasar temporadas con su familia durante las vacaciones escolares. Íbamos a la playa o a montar caballos en los parques de feria. Tenía una hija de mi edad. Mi familia no perdía la ocasión de decirme que copiara a mi prima porque ella sabía cocinar, cocer, bordar y ayudaba en las labores domésticas. Se vestía con los vestidos que le escogía mi madrina. Odiaba esos momentos de exigencias porque yo no quería ser como ella para nada.

Cierta vez coincidí con mi madrina en las fiestas de los carnavales. Ella decidió disfrazarnos de varón a mi prima y a mí con ropas de sus hijos. Mientras nos vestía nos reíamos con muchos nervios. Después salimos a pasear en su carro observando los disfraces de otros niños. Yo estaba tan feliz, para mí esto no era estar disfrazado. Siempre pensé por qué mi madrina hizo esto, quizás para solidarizarse conmigo, no sé. Ella nunca se burló de mí como lo hizo su hermana menor.

Mi madrina quería tenerme a su lado de tal forma que habló con mi madre proponiéndole llevarme a vivir a su casa para inscribirme en el colegio de monjas (de gran prestigio) donde estudiaba mi prima. Su esposo era topógrafo y le permitió darle a su familia una vida cómoda con estatus social

alto. Mamá se alteró mucho y le comunicó que el mejor sitio para yo estar era con mi madre y mi propia familia. Mi madrina nunca más volvió a mencionar nada igual. Desde entonces mamá buscaba excusas para no aceptar las invitaciones constantes de mi madrina. Aun así, ella estuvo siempre pendiente de mi dándome regalos estupendos. Recuerdo el obsequio de una serie de cuentos cristianos para niños. No sé cuántas veces me los leí, especialmente la historia del pequeño soldado (1). Era el cuento de un príncipe niño que quería ser sacerdote. Yo me identificaba en la historia con el sufrimiento del niño que debía cumplir obligado un rol social de opulencia propia de un heredero de corona, siendo una persona sencilla. Admiraba que el príncipe renunciara a su riqueza de rey y prestigio por servir a Dios. Reflexioné entonces que yo también quería ser como el niño.

Una vez mamá y mi madrina me llevaron a un ortopedista porque nací con los pies planos. El especialista me tomó medidas y noto que algo no andaba bien con mis tobillos. Recomendó que usara las botas ortopédicas hasta corregir el problema que tenía. Mi madrina aprovecho la oportunidad y ella me encargó tres pares de botines, uno negro, otro marrón y uno blanco, para así poder combinar el calzado con mi ropa. Mi padre no disponía de tanto dinero para permitirse semejante lujo.

Usaba las botas negras para ir al colegio. A mí me gustaban, pero comenzaron los niños a burlarse de mí. Recuerdo me llamaban botas de bombero, Frankenstein o monstruo Milton (comic). Tal fue el bullying que me negué rotundamente volvérmelas a poner, decisión muy lamentable. Luego desarrolle los juanetes, patología que marco mi forma de vestir cuando me hice adulto. También me llamaban marimacho, pero este apodo no sé por qué lo llevaba con orgullo, pensaba que era la verdad, no un insulto.

Había en mi clase un niño español al que llamaban Manolito. Siempre estaba con las niñas y era muy delicado en su forma de ser. Yo le tomé mucho cariño y siempre lo defendía cuando los que se sentían muy machos se burlaban de él. Sentía que Manolito era chévere. Ya era empático con la diversidad.

Para mí ir al colegio era como entrar a un infiernillo de niños maltratadores. Incluso recuerdo una vez, que yo mismo me burle de una niña a la que llamaban "moco verde". Tenía unos hermosos ojos grandes color

café claro y el pelo lacio, muy corto. Cierta vez en el recreo salimos al parque donde había unos árboles frondosos. En el grupo estaba la niña mocosa que había decidido llevar un bolso pequeño. No sé por qué le quite su bolso y logre colgarlo de un tirón en una rama alta. Mientras yo reía de mi tontería la niña lloraba sin consuelo. De repente hubo una pausa dentro de mí. Mi corazón se encogió de pena y vergüenza. Salí corriendo hacia el colegio recordando lo que un compañero de clases me dijo cierta vez: no hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti.

Mi madrina me regalo una bicicleta roja enorme, cuando me la dio me dijo que la usara cuando creciera un poco. Pero tal fue el entusiasmo de tenerla que comencé a practicar en ella en el patio de juegos. Apenas alcanzaba los pedales montado en el tubo transversal que une el volante con el asiento. Me caí unas cuantas veces, pero mi insistencia fue tal que aprendí a manejarla con buen equilibrio. En un descuido, mi hermano mayor sacó la bicicleta escondido y se la llevó a la calle. Cuando regreso el manubrio y la rueda delantera estaban torcidos. Comencé a llorar al verla inservible. Se la llevaron al cuarto de los corotos y allí se quedó por mucho tiempo. Mamá trato de consolarme prometiéndome que "el niño Jesús" me regalaría una el próximo diciembre como regalo de navidad. Así fue, tuve mi siguiente bicicleta de paseo de color azul adecuada a mi tamaño.

Recuerdo que se hacía una distinción de género en las bicicletas, las que presentaban el tubo transversal era para niños y las de niñas era sin tubo. Mi bici era de varón. Tenía una cajita de ahorros guardada en un escondite que utilizaba para comprar las herramientas, parches y una divertida corneta que le instalé. Aprendí a repararla y hacerle el mantenimiento observando a un técnico que tenía un taller donde reparaba y vendía bicicletas cerca de casa.

Mientras me hacía mayor, mis familiares se dieron cuenta que mejor era preguntarme qué regalo quería porque si no, los regalos que me hicieran de niña irían a parar al cuarto de los corotos.

No sé por qué sentía mucha atracción por los juegos de laboratorio de química para hacer los experimentos y coleccionar tubos de ensayo con soluciones de diversos colores que yo mismo preparaba. Equipos de médicos para niños que me servían para hacerle operaciones a las muñecas a las que

previamente les cortaba el pelo como varón. Lo más sublime fue cuando mis padres me regalaron un microscopio el cual aprendí a manejar con maestría. Definitivamente me atraía el mundo de las ciencias, la medicina y del conocimiento. Era una especie de alquimista cachorro.

Un día nos llegó la invitación para ir a una fiesta de piñata de un vecino. Mamá estaba feliz porque tenía la ocasión de ponerme un vestido costoso que le habían traído de España. Parecía el vestido de una princesa. Yo me opuse rotundamente a colocarme eso y comencé a llorar desconsoladamente. Mamá fue severa y dijo que no iría a la piñata sino con ese traje. Recuerdo que me fui al cuarto de los corotos y lloré por horas quedándome dormido. Al despertarme me di cuenta que ninguno fue a la fiesta viéndome todos como el culpable. Me prometí que nunca más iría a una piñata o fiesta infantil. Y así fue.

Poco a poco iba perdiendo los espacios sociales para compartir con los demás y mi familia materna y paterna reprobaban mi forma de ser constantemente. Sentía que los vestidos de niñas no eran prácticos pues no podía jugar, saltar, correr o trepar en los árboles sin que se me vieran las pantaletas (bragas) y los niños se burlaran de mí. Siempre terminaba ensuciando y rasgando los delicados vestidos o destrozando las zapatillas de patente por mis bruscos juegos.

Mamá pensaba que era un capricho mi insistencia de comportarme como un varón. Tenía la creencia, como el resto de la familia, que como no tenía hermanas sino hermanos esto influenciaba en mi conducta. ¿Por qué entonces mi prima no era como yo? Ella tampoco tenía hermanas sino solo hermanos varones.

Una vez mamá nos alentó para que participáramos en una escuela de música que pertenecía a la Iglesia católica parroquial. Se llamaba "La Banda Filarmónica de Coche". Era un proyecto social para impartir la enseñanza de la música de forma gratuita para adultos y niños. Mis dos hermanos mayores y yo nos animamos y asistíamos con mamá a las clases. Vimos teoría y solfeo las primeras semanas, aprendiendo a usar los pentagramas y la lectura de la escritura de la música en ellos. Se formó un coro en el que participé. Tenía ya experiencia en el canto porque en mi colegio también había un coro. Luego pasamos a la fase de escoger un instrumento, yo estaba feliz y decidí que

escogería la flauta transversa. Pero algo ocurrió, llevaba varios días asistiendo a clases con la misma ropa, me gustaba mucho lo que vestía porque era una camisa y un pantalón "unisex". Entonces se acercó una muchacha de unos 20 años y me preguntó de forma venenosa si yo no tenía otra ropa que ponerme. Mamá presenció la escena y al llegar a casa me regañó duramente sentenciando que esa ropa no la usaría nunca más descolgando del armario los vestidos de niña que debía ponerme para asistir a clases. Nunca más volví a la escuela de música.

A la edad de 7 años ocurrió otro evento, además del sueño que tuve con el diablo, que me hizo cambiar mi percepción de las cosas. Sentir que existía y que estaba inmerso en una realidad que me resultaba fascinante y pavorosa a la vez.

Ocurrió el 29 de julio de 1967 el terremoto de Caracas. Recuerdo que esa tarde había acompañado a mi madre al centro comercial de Coche que quedaba algo cercano a nuestra casa para comprar unas arepas que comeríamos en la cena, una torta con siete velitas y ropa para mí como regalo pues ese día se iba a celebrar mi cumpleaños. Mi madrina quedó en ir a casa en la noche para cantar el cumpleaños feliz y llevarse a mi abuelita con ella porque tocaba pasar una temporada con su familia.

Durante el atardecer la luz del sol era muy rojiza y no cantaron los pájaros sus últimas tonadas del día. Nuestra perrita Lassie estaba agazapada como si temiera algo. Había un extraño silencio, una quietud inusual.

Ya era de noche cuando llegamos a casa. Nos acomodamos en el salón donde estaba la tv. Papá coloco el canal donde pasaban la serie El Zorro y se sentó con nosotros mientras mamá se fue a la cocina para disponer de las arepas que había comprado, coloco la torta en la mesa grande del comedor.

Observé entonces que la puerta de vidrio de entrada a la casa vibraba fuertemente, las lámparas y adornos. El piso comenzó a moverse en ondas y de repente rugió la tierra con un sonido que me llegó al alma.

Mamá salió de la cocina hacia donde estábamos gritando a todo pulmón: ¡TERREMOTO! ¡corran! Mientras papá intentaba abrir la puerta para salir, mamá colocó en las piernas de mi abuelita (que estaba en silla de ruedas) a mi hermano menor que era un bebé. Había una segunda puerta de la reja que resguardaba el porche de entrada que se movía con violencia. A papá le costó trabajo abrir esta puerta y mis hermanos y yo nos escapamos por una parte de la reja donde había un niño. Al fin logró papá abrir la puerta saliendo él y mamá tirando la silla de ruedas con todas sus fuerzas a la calle. Todo esto tardó casi un minuto que fue lo que duró el terremoto. Nos llevó algo de tiempo reponernos y entender lo sucedido mirando a los vecinos en igual situación.

Mientras ocurrían algunas réplicas de baja intensidad, mamá le pidió a papá nos cuidara mientras ella entraba en casa. En cuestión de minutos sacó colchones, cajas con comida, ropa y abrigos. Mi madre era una mujer tenaz y osada. Cuando las réplicas cesaron ella hizo un campamento en el porche de la casa y allí dormimos como refugiados varios días por temor que se repitiera el terremoto. Llamamos por teléfono a la familia y todos afortunadamente estaban bien. Mi torta quedó en la mesa con las velitas sin soplar.

Esa madrugada del temblor, después que todo se calmó un poco, mis hermanos dormían en el campamento improvisado, pero abuelita, mamá, papá y yo permanecimos despiertos sentados, cercanos unos a otros. Yo no podía evitar que mi cuerpo temblara de miedo. El rostro de mis padres tenía una expresión nunca vista, ellos estaban tan asustados como yo. Me di cuenta que podían morir, que eran vulnerables.

Algunas veces el recuerdo del rugido de la tierra me despertaba en las noches. Era como esa voz del sueño del diablo que me urgía a abrir los ojos, a que tenía que despertar.

Al día siguiente, se dio la noticia de un evento extraordinario: "En la Catedral de Caracas, ubicada en el centro de la ciudad, se estaba oficiando una misa cuando al momento del terremoto los vitrales del templo súbitamente explotaron y los feligreses que estaban cerca se alejaron rápidamente hacia la Plaza Bolívar. En pocos segundos la centenaria Cruz Pontifical que coronaba la fachada se desplomó en caída libre hasta golpear

el suelo, fragmentándose en pedazos quedando marcada su silueta en el mismo. Uno de los presentes recordaría el hecho con las siguientes palabras: "Vi cuando la cruz se desprendió y quedó grabada en el piso como una quemadura de hierro candente; en ese preciso momento el terremoto cesó" (Wikipedia)

Mamá que era una "buscadora" del misterio nos llevó para contemplar la impronta milagrosa en el piso. Papá prefería mantenerse apartado de este tema y muchas veces solía burlarse de mamá cuando ella le relataba algún evento paranormal.

Ahora que escribo estas palabras lo sé, mi madre fue quien me entrenó para percibir esa realidad mágica escondida. A ejercitar esa parte de nosotros no social y que la mayoría prefiere ignorar y afirmar que no existe.

